

«Escuela y Familia»

RAFAEL DOMINGUEZ AGUILAR
Pedagogo, Las Palmas de Gran Canaria

Ud. opina



Llamó la atención desde el primer día de clase por su andar distraído y su mirada perdida. Era un niño de seis recién cumplidos años, gordito, de ojos saltones y ojerosos. De tez pálida y pelo casi rapado al cero. Samuel era, además, bastante nervioso y de voz poco audible, pero no por ello en el patio y en las clases- es la respuesta generalizada que estamos acostumbrados a oír en los colegios y que viene a ser casi la razón máxima esgrimida para justificar la asistencia de un niño al aula de integración.

¿Se hacía imprescindible trabajar con él de forma individualizada? Bueno, hay otros peores y que molestan más en las clases- es la respuesta generalizada que estamos acostumbrados a oír en los colegios y que viene a ser casi la razón máxima esgrimida para justificar la asistencia de un niño al aula de integración.

Una tarde de junio, la madre de Samuel confesaba entre sollozos que cuando su familia se sentaba a la mesa para degustar algún caldo de pescado, solían guardar la ración del padre en el horno a la espera de su regreso, pues era ésta su comida preferida. O al menos lo fue hasta el momento de su muerte y, aunque de eso hacía más de un año, todavía seguían realizando el mismo ritual como si él estuviese a punto de atravesar el umbral de la puerta.

Dicha confidencia, que en una situación normal de aséptica entrevista madre-profesor es muy difícil que se produzca, apenas sirvió para algo pues Samuel abandonó el colegio para trasladarse a otro próximo a su domicilio.

Así, del origen de su conflictiva personalidad dudo que alguien más haya vuelto a preocuparse.

Y así, y esto es lo más triste, situaciones como la anterior no se van a dar de forma aislada. Pues aunque no todas posean tintes tan dramáticos como la de Samuel, la mayor parte de los problemas de adaptación y rendimiento escolar suele tener, en el mejor de los casos, una etiología familiar para ser a posteriori en la institución educativa donde esas características o situaciones anómalas desemboquen en infinidad de trastornos que se encargarán de ir cercenando el correcto desarrollo del niño.

En los casos peores, la familia tan solo refuerza una deficiencia o minusvalía que no ha sido detectada en la escuela, aunque tal vez pueda serlo pero casi nunca con la presteza deseada... Pero ese es otro asunto.

Como mínimo debe darse por tanto, en la familia y en la escuela, una cierta manipulación positiva. Es decir, que exista una actuación conscientemente planeada y planteada dirigida a erradicar o mitigar en parte situaciones que están perjudicando al sujeto.

Pero ¿cómo hacerlo? Ahí radica la verdadera dificultad. Pues lo complejo no es decretar actuaciones a la ligera sino conseguir sobre todo el cambio colectivo de unas convicciones y pautas de conducta, que o han ido desapareciendo sin ofrecer otras más válidas o simplemente nunca existieron, para alcanzar una situación última el desarrollo óptimo del ser humano.

Se trata, en el caso de la familia, de regenerar al menos ciertos aspectos de modos de vida anteriores que parecían desencadenar, forzada pero adecuadamente, la madurez del individuo y que han ido devaluándose o tratándose a la ligera con el transcurrir de los años, al igual que sucede con el concepto tradicional de familia. Por ello se hace necesario, por ejemplo:

—aumentar, cualitativamente, el tiempo dedicado a los hijos y a sí mismos.

—unificar criterios de conducta y exigencias (padre, madre, abuelos, etc.).

—no proteger excesivamente al niño (no dándole todo lo que pide y más, con el objeto de satisfacernos a nosotros mismos por aquellas cosas que creímos no tener o por el temor absurdo a la frustración).

—recuperar juegos de antaño que obligaban un desarrollo del esquema corporal, la orientación espacial y la motricidad (el teje, las chapas, etc.).

—controlar el tiempo destinado a la televisión y la calidad de los programas visionados por los niños.

—inculcar, desde la cotidianeidad y el estímulo a imitar, aspectos relativos a la convivencia, la tolerancia, la igualdad, afán por el estudio, etc.

—...

Y es que parece que a nuestros niños sus padres ya no les enseñan, despreocupadamente, a que se diviertan imitándoles para conseguir alcanzar objetivos de su desarrollo (hábitos de vestirse, de comida, de higiene, etc.) dados por obvios y genéticamente transmitidos. Ya ni siquiera les cuentan historias que nunca sucedieron o, sencillamente, les hablan sobre su trabajo o sobre su vida, que también es la de ellos.

Se ha perdido la fantasía y la realidad, demasiado prosaica, impide fomentar el desarrollo de la imaginación, y paralelamente, el del intelecto.

Pero ¿y la escuela? ¿Son los modelos a imitar que nos ofrece para perpetuar una política de excesivas desigualdades sociales, haciendo a veces inútil el intento de paliar las carencias familiares?

La escuela, entramado imprescindible junto a la familia para la reproducción social, es reacia a proponer mejoras del sistema de vida. En ella sólo vamos a encontrar, con relativa frecuencia, los mismos y criticables esquemas sociales de adulto.

Ante esto, el profesional de la educación puede hacer poco. No suele estar preparado y ve la situación familiar como algo en lo que no ha de inmiscuirse para conseguir así mantener las distancias.

Lo cierto es que el mundo se ha ido complicando y por ende el maestro, profesión denostada y necesaria, posee herramientas cada vez más escasas para entenderlo o intentar buscarle soluciones que impliquen un mayor bienestar de los que lo conforman, entendiendo que su misión debería tener como corolario esa fundamental premisa.

Quizás habría que plantearse que algo no funciona bien en su origen. Puede ser, por un lado, la formación del docente, que se enfrenta incapacitado a una realidad que desconoce y cuyo único parecido con la realidad es, a pesar, el mismo aire algo contaminado e imprescindible. Y, por otro, la desestimada demanda de creación de las Escuelas de Padres como vía para mejorar la calidad educativa y social de la escuela y la familia a través de los padres.

Quizás la mentalidad de los adultos necesite crecer bastante para que los niños también lo hagan, sobre todo si crecer es ser capaz de abordar los nuevos conflictos que aparecen.

O, quizás, la verdadera Reforma Educativa necesite consistir en todo lo anteriormente expuesto. Pero ese parece ser otro asunto.

La difícil aventura de repetir un curso Y la no menos *difícil* de decidirlo

Usted pregunta



La consulta me llega del País Vasco. Pero me parece que es tan interesante el modo cómo se me plantea la pregunta y el proceso seguido por Tutor, Alumno, Padres y Escuela que voy a dedicar el espacio de este número a reproducir la consulta. Y mi respuesta la presentaré en el número siguiente. Aunque se trate de fecha recién pasadas volverán a presentarse otras muchas análogas a lo largo del próximo curso.

Modifico los nombres del Alumno y de la Tutora porque me parece más discreto hacerlo así.

AITOR ha cursado 7º y ha sido alumno en mi aula y en mi tutoría. Ya en la sesión de evaluación de Semana Santa se destacó el ritmo de madurez más lento que se advertía también en su rendimiento escolar. Y se apuntó la conveniencia de que invirtiera un nuevo curso en integrar o hacer suyos los objetivos de 7º. Con transparencia se lo expuse a la familia. Los padres manifestaron una actitud de confianza en nosotros y de colaboración. En la sesión de evaluación de junio se ratificó lo anterior.

Un día antes de entregar las notas a todo el aula convoqué a los padres y a AITOR para transmitirles nuestra postura, sus motivos, las bases en que se sustentaban estos motivos, etc... También para invitarles a repensar lo escuchado y para que se tomaran el tiempo necesario antes de comunicar nada definitivo.

En esta entrevista los padres aparecieron claramente a favor de la propuesta pero AITOR permaneció mudo, con un nudo en la garganta, otro en los ojos y otro en el estómago. No daba crédito a lo que oía. Su mirada se dirigía al techo. Estaba pálido. No podía articular palabra ni digerir plato tan fuerte. Yo me sentí hablándole sosegadamente, con cariño, relativizando ese doble curso, poniendo el acento en que creíamos en él, que le brindábamos una oportunidad para acumular más experiencias positivas en su trayectoria académica, experiencias imprescindibles para que él viese que es capaz, que puede, que lo que se le pone delante es adecuado a su estadio de madurez, para que no "pinche" más adelante, cuando el invertir un curso más quizás no sea tan aconsejable o esperanzador como ahora.

Con posterioridad he tenido una nueva entrevista con la madre y otra con AITOR y su padre y en ellas les he presentado un plan de trabajo para julio, orientado al área de expresión, de cuyo seguimiento me responsabilicé gustosamente pero que en nada cambiaba lo que se le había comunicado anteriormente.

A este último encuentro AITOR llegó acompañado por su padre y al salir del coche tenía ganas de vomitar y se sentía mal. Traté de serenarle. Incluso le di la opción de conversar al aire libre. Prefirieron entrar. Tras escucharme sentí a su padre animándole, acompañándole, compartiendo su pena por ese "adiós a los amigos" en que él traduce el seguir matriculado en 7º. AITOR se mantuvo callado, cabizbajo: no podría asegurar que escuchara.

En las fiestas colegiales le vi riéndose a carcajadas saltando en la cama elástica.

Ya en julio, por insistencia de los padres o por opción desde su libertad, ha comenzado a llevar adelante mi propuesta de trabajo y, en cambio, no acude a las recuperaciones que el Centro oferta para aquellos que tienen asignaturas pendientes. Todo indica que poco a poco se resigna o comprende cuál va a ser su pupitre el curso que se avecina.

Ayer me encontré con él. Disfrutaba pedaleando en su bicicleta y me entregó lo que "disciplinadamente" está haciendo de cara a mejorar su velocidad lectora, su comprensión lectora y su expresión.

Joaquín: el curso que viene AITOR ya no será mi alumno. Yo siento que él y su familia tienen que vivir esta realidad. Ante mí lo viven bien, pero ante la sociedad, para la gente, "AITOR REPITE", "AITOR SE VA QUEDANDO ATRAS". Esto les duele a los tres. Y a mí también me duele. Pero de los cuatro el que más me importa es AITOR porque los adultos se supone que tenemos resortes para resolver este tipo de problemas.

Aquí viene mi pregunta: ¿QUÉ SE LE PUEDE DECIR A UN ALUMNO DE SEMEJANTES CARACTERÍSTICAS PARA QUE EN SEPTIEMBRE NO VENGA COMO UN FRACASADO, PARA QUE AHORA, EN JULIO, ESTÉ HACIENDO LO QUE REALMENTE QUIERA HACER Y PARA QUE EN SEPTIEMBRE, DESDE LA ACEPTACIÓN DE SI MISMO, EMPRENDA EL CURSO CON ILUSIÓN, FUERZA (le hará falta para ir con la etiqueta de "repetidor") Y CON EL SENTIMIENTO DE ESTAR, ANTE TODO, CULTIVÁNDOSE A SI MISMO, CONCEDIÉNDOSE EL TIEMPO QUE SE PERSONA NECESITA?

Le veré por los pasillos, tendré oportunidades de estar con él, pero yo quiero hacer lo que en mis manos esté para que no mezcle su valía personal con este hecho, para que comprenda que no es un antojo nuestro, para que sienta que creemos en él, para que la comparación le sirva no para infravalorarse sino para sentir que es posible llegar, cada uno a su ritmo.

Según escribo me asalta la pregunta ¿Tú crees que esta pregunta es para este apartado de PADRES Y MAESTROS? No lo sé exactamente pero en lo que me llegó de tí en las jornadas de primavera vi que facilitabas al alumno su camino. Me inspiraste admiración y, a la vez, confianza. Me he atrevido a escribir esta carta y, aunque no sea seleccionada, por lo menos escribirla me ha servido para sentir hasta qué punto me importa una persona, me ha servido para sentirme humana y limitada, pero sobre todo humana.

Bueno, Joaquín: felicidades por vuestra labor educativa. Feliz verano. Gracias: **MAMEN**



Joaquín Mª García de Dios